

Martes IV de Cuaresma



12 de marzo de 2024

Ez 47, 1-9.12

Sal 45

Jn 5, 1-16

P. Eduardo Suanzes, msp

Fijémonos dónde está situado este pasaje del Evangelio. Jesús, en su estancia anterior en Jerusalén, había hablado con Nicodemo del nacer de nuevo, de la nueva vida en el Espíritu (cap.3); después, camino de Galilea para por Samaría y se encuentra con la samaritana a la que le habla de la nueva vida que brotará del corazón del hombre (cap. 4); después, ya en Galilea le da la vida al hijo del funcionario real. Se está hablando de vida por todas partes. Y todos estos textos seguidos: uno detrás del otro. Ahora, después de dar la vida al hijo del funcionario, Jesús se encuentra de nuevo en Jerusalén con motivo de una fiesta (cap. 5). Lo relevante del relato que nos ocupa hoy es el contexto inmediatamente anterior que hemos descrito en el que se habla de vida por todas partes, pero ahora con un matiz: que Jesús está en Jerusalén y, sobre todo, lo que se dice en la mitad del mismo por dos veces: **¡es sábado!** El texto que la liturgia nos propone y que hemos oído no reproduce fielmente (aunque sí en su significado) lo que Juan escribe. Juan escribe en los ver.9b-10: «*Pero era sábado aquel día. Los judíos decían entonces al que había sido curado: « ¡Es sábado!»*» Como si fueran el coro del mismo Juan. Esta, pues, es la clave de interpretación: vida de Jesús y en Jesús y que ahora es sábado, con todo lo que eso significa para el judío. Este es el prisma desde el que tenemos que escudriñar este texto. Comencemos, pues.

Jesús se dirige a la puerta de Jerusalén donde se recibían las ovejas para los sacrificios del Templo. Allí había una piscina, la de Betesdá, famosa por las curaciones que en ella se producían cuando las aguas se agitaban: el primero que lograba zambullirse cuando se producía el fenómeno, ese quedaba curado.

Allí¹ se encuentra, en medio de una multitud de personas yacientes enfermas, con alguien que lleva treintaiocho años en esa postración. Allí, bajo cinco arcos de piedra, se encuentra esa multitud de postrados, tirados y abandonados con tan solo la expectativa de que las aguas se muevan. La imagen es la de la muerte, la de los muertos en vida. El hombre del relato es un hombre sin identificar: no se menciona su nombre, ni siquiera su enfermedad, solo que llevaba enfermo todos esos años. Ahí, en medio de cojos, ciegos y parálíticos se encuentra este innominado símbolo de todos los hombres postrados y abatidos de la historia, identificado solo por su postración.

Todo en Juan es simbólico y como la clave de interpretación está, como hemos dicho arriba, en que era sábado debemos fijarnos en todos los detalles plásticos que Juan aporta. El hombre lleva ahí, postrado, treintaiocho años. Toda una vida, toda una generación, como decimos, como el tiempo que pasó el pueblo de Israel por el desierto. Además los postrados están tirados bajo cinco arcos de piedra; de piedra como las tablas de la Ley, y cinco, como los libros de la Torá. Simboliza el hombre al pueblo de Israel, que no ha sabido salir de su postración a pesar de poseer la ley de la vida. Como en otras partes del evangelio se nos está hablando de la postración y abatimiento que sufría el pueblo llano por el peso que, como una losa, ponían los fariseos sobre los hombros de los pequeños. Después

¹ Cfr. XAVIER LEÓN-DUFOUR. *Lectura del Evangelio de Juan. Vol.II.* Ed. Sígueme. Salamanca 1989

de este relato Jesús arremeterá contra ellos y les dirá: «*Así como el Padre levanta a los muertos y les da la vida, así el Hijo a los que quiere les da la vida*»²

Este hombre no puede alcanzar su salud, no puede caminar hacia ella por el aplastamiento a que se ve sometido por las autoridades religiosas, que más tarde ni siquiera se fijan en su curación, sino en que está cargando su camilla ¡en sábado! El que esté curado, para ellos, es irrelevante.

En el Antiguo Testamento, el «andar» o «caminar» es una metáfora frecuente para indicar cómo conduce su vida un creyente. Se ilumina gracias a un complemento, por ejemplo, «caminar con —o ante— Dios». Lo contrario del caminar ante Dios o con Dios, no es caminar en otra dirección: es estar inválido, postrado, inmóvil, lejos de la salud. Para este hombre es imposible, caminar y llegar por sí solo a su salud, porque no tiene a nadie que le ayude.

Jesús no lo levanta, lo capacita para que se levante él mismo y camine. Su orden es triple: «*Levántate, carga con tu camilla y echa a andar*». Bastaría la primera, y, si acaso, la última, para indicar la curación y la libertad. La repetida intercalación de la frase «*carga con tu camilla*», muestra su importancia en la narración. Jesús lo hace dueño de aquello que lo dominaba, le hace poseer aquello que lo poseía. El hombre estaba sometido y privado de iniciativa propia; ahora puede disponer de sí mismo, con plena libertad de acción («*echa a andar*»). De un hombre inutilizado hace un hombre libre³.

Jesús devuelve la salud a este muerto-viviente, pero no por esa agua cuya creencia milagrosa era de dudosa reputación: lo hace por su palabra. Es el Hijo, el Enviado del Padre, el que comunica la vida. ***Es la fuerza de la palabra, por sí sola, la que da la salud:*** «*Ese me ha dicho: '¡Coge tu camilla y anda!'*», «*¿Quién es el hombre que te ha dicho: '¡Coge tu camilla y anda!'*?».

Tenemos que fijarnos en otro detalle, a mi juicio, importante. Jesús había pasado inadvertido, no reconocido por nadie, ni siquiera por el curado. Es en el Templo, en el lugar de la presencia de Dios, donde más tarde Jesús, al verlo le dice: «*ya estás sano*». Se reconoce la salud del hombre ante la presencia de Dios y es aquí donde Jesús es finalmente reconocido por el que ya no está postrado, provocando en él un compromiso personal. Ante la presencia de Dios, es posible nombrar y reconocer a Jesús.

Al invitarle a no pecar más, Jesús no le está diciendo que su enfermedad fue la consecuencia de su pecado. Jesús se está refiriendo a la desesperanza en que vivía este hombre antes de descubrir que Dios quiere la vida y no el aplastamiento del ser humano. En efecto, en Juan el pecado es siempre la falta de fe, y el enfermo había dicho: «*No tengo a nadie*», «*No tengo salvador*».

Jesús precisa: «*No sea que te suceda algo peor*». Ese «*peor*» es la muerte definitiva, que se produciría si el hombre no se apropiase el sentido de su nueva existencia. En respuesta, el hombre favorecido por el milagro anuncia a los judíos que «*el que lo había curado*» era Jesús; al designarlo así, se muestra creyente y por tanto amante de la «*vida*».

Y es entonces, desde aquí, que la Primera Lectura tiene su significado último; porque las aguas que brotan del centro del Templo, de Dios mismo, que dan vida a todo lo que encuentra a su paso, este hombre no las ha encontrado en la fuente de Betesda sino en el corazón de Jesús.

² 5, 21

³ JUAN MATEOS Y JUAN BARRETO. *El Evangelio de Juan. Análisis lingüístico y comentario exegético*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1979